



De Juncker a Blair

El debate sobre el futuro de Europa decidirá sus límites y si sobrevive su famoso modelo social

El Periódico

Empieza la presidencia británica de la UE cuando todavía resuenan las comparecencias de Juncker y Blair ante el Parlamento europeo. Fue un gran momento de la democracia parlamentaria. Un debate a distancia --no coincidieron en el hemiciclo de Bruselas-- entre dos grandes tenores de la política. Y la oportunidad de confrontar sus explicaciones sobre el Consejo Europeo y su visión del futuro de Europa

Sus versiones fueron muy diferentes, incluso contradictorias. Pero ambos fueron muy aplaudidos, aunque no de la misma manera. Desde la privilegiada atalaya de la presidencia, pude observar cómo los aplausos a Juncker, socialcristiano del PP, se escoraban hacia el centroizquierda, y los de Blair, laborista del PSE, hacia el centroderecha. Juncker, recibido por los parlamentarios en pie, se expresó con dramática sinceridad. Su discurso fue el de un frustrado europeísmo. Blair desplegó todas sus dotes de gran comunicador político y fue despedido con una gran ovación.

Superó el campo de minas que le habían sembrado la víspera, diciendo lo que el auditorio quería oír: es un europeísta apasionado, favorable a una Europa política que no se reduzca a un simple mercado, con una fuerte dimensión social y dispuesto a negociar el cheque británico en un debate "franco y abierto" sobre el futuro de Europa.

Habrá que bajar de las musas al teatro y ver en qué se concreta ese mensaje. Al escepticismo de algunos grupos políticos se sumó la sorpresa de la prensa británica ante una posición que consideraban novedosa. Quizá, como ha ocurrido con el proyecto de Constitución, lo importante no sea tanto el texto, sino el contexto. Menos lo que se dice que cómo, dónde y cuándo se dice.

Para Juncker, y otros líderes, como Chirac y Schröder, la crisis de la UE refleja el enfrentamiento entre los partidarios de una Europa política y los que se conforman con una gran zona de librecambio, con algunos elementos de cooperación. Blair rechaza esta dicotomía y la plantea en términos de antiguos y modernos.

Entre los que quieren reformar una Europa languideciente, para afrontar la mundialización, y los que defienden a ultranza políticas del pasado. La Política Agrícola Común (PAC) sería el mejor símbolo de esta confrontación entre la visión de futuro de los modernizadores y la inercia histórica de los antiguos. Pero el desacuerdo presupuestario no es la causa, sino la consecuencia de la crisis del proyecto europeo. Crisis que deseaban los partidarios del no a la Constitución, que poco o nada tienen que ver con las posiciones de Blair. Es bueno oír a los ciudadanos.

¿Pero es razonable creer que con su no pedían que se iniciaran las negociaciones de adhesión con Turquía?

Juncker sabía que no habría acuerdo porque había países dispuestos a impedirlo. Así nos lo confesaba en el trílogo previo entre Consejo, Comisión y Parlamento. Blair ha pensado que la mejor defensa era un buen ataque. Y, para disminuir la presión sobre un sistema que no es razonable mantener tal cual en la Europa ampliada, ha aprovechado la debilidad de Chirac para condicionar su reducción a un cambio total del presupuesto y cuestionar abiertamente la PAC.

Es perfectamente legítimo que lo haga, aunque sea olvidando que el Reino Unido participó, en el 2002, en el acuerdo que fijaba la cuantía de los gastos agrícolas hasta el 2007. Es cierto que la PAC debe seguir reformándose, y así lo preveía la propuesta de Juncker, para evitar sus efectos negativos sobre los países en desarrollo. Pero el Reino Unido se ha opuesto siempre a

poner un tope a las ayudas por explotación agrícola, lo que hubiese contribuido a disminuir los efectos antidistributivos que se le reprocha, gracias a los cuales los grandes receptores de ayudas se sientan en la Cámara de los Lores.

También habrá que evitar tirar el niño con el agua del baño, porque la PAC no tiene sólo efectos negativos. Ni recurrir a comparaciones engañosas, argumentando que Europa se gasta el 40% de su presupuesto en ayudas agrícolas y sólo el 3% en investigación. Ese argumento olvida que todo el gasto agrícola está en el presupuesto de la UE porque la PAC es la única política sectorial completamente comunitarizada, mientras que la investigación está en lo fundamental en manos de los estados. Es como decir que España gasta mucho más en Defensa que en Educación mirando sólo el presupuesto del Estado, donde está todo el gasto de Defensa y muy poco del de Educación, porque éste aparece en los de las autonomías.

Tampoco tiene sentido reprochar a la UE que haya pocas universidades europeas entre las mejores del mundo. La enseñanza superior no es una política encomendada a la UE, y el Reino Unido se ha opuesto siempre a ello. Si eso ocurre será responsabilidad de los estados miembros, que son los competentes. ¿Por qué desprestigiar a Europa por problemas cuya solución no le hemos encargado?

Con Blair seguirá siendo muy difícil llegar a acuerdos presupuestarios mientras subsista la unanimidad como criterio de decisión --jentre 27 países!-- y el criterio para que cada uno juzgue el resultado sea su saldo neto. Éste es un criterio de alcance limitado que niega el valor añadido europeo y marca el fin de la solidaridad en la producción de bienes públicos a escala europea, que ha sido siempre una de las razones de ser de la Unión.

En todo caso, más allá de las caricaturas y simplificaciones, el debate sobre el futuro de Europa está servido y es bueno que así sea. La crisis es profunda y llevará tiempo salir de ella porque la UE ha crecido mucho más en dimensión que en la cohesión de un proyecto claramente asumido por todos. Elementos fundamentales de ese debate serán los límites de Europa --las futuras ampliaciones-- y la respuesta a la globalización --la supervivencia del famoso modelo social europeo--, que unos y otros no conciben de la misma manera.

FONT: Parlament Europeu